

SAN JUAN CRISÓSTOMO, OBISPO, DOCTOR Y CONFESOR

Día 27 de enero

P. Juan Croisset, S.J.

San Juan, llamado *Crisóstomo*, palabra griega que significa *Boca de oro* por su grande y singular elocuencia, fue uno de los hombres eminentes en ciencia y santidad en el siglo iv. Nació en Antioquia el año 344, y según algunos el 347, de padres distinguidos por su nobleza y piedad. Su padre Segundo, capitán distinguido del ejército imperial en Siria, murió dejando de veinte años á su madre Ántusa con este hijo, todavía pequeño, y una hija mayor. Rehusó la joven viuda contraer segundas nupcias, desechando una buena ocasión que se le ofreció, porque deseaba terminar sus días en el servicio de Dios, y para atender mejor á la educación de sus hijos, en especial de Juan.

Le buscó los mejores maestros de su tiempo para las ciencias y letras humanas; pero ella tomó á su cargo instruirle desde la niñez en la ciencia más importante de la salvación eterna. Estudió retórica con Libanio, el maestro más celebre de su época, y filosofía con Andraganto, haciendo en breve tiempo tales progresos, que no solo sobresalía de todos sus condiscípulos, sino que igualaba á sus profesores, dejando á todos admirados cuando, á los veinte años de edad, pronunció sus primeros discursos en el Foro, que le valieron el sobrenombre honroso que lleva y con el que es conocido.

Dados los cristianos sentimientos de sus padres, sorprende á primera vista que el joven Juan, considerado ya como uno de los más hábiles maestros y por una de las

lumbreras más brillantes del Foro romano, no estuviera aún bautizado; pero así era, por efecto del abuso lamentable, y muy frecuente en aquellos tiempos de relajación que siguieron á la paz de la Iglesia, de que se dejaron arrastrar tantas familias cristianas por abandono y error material. Era entonces Juan un joven de singulares dotes, pero seducido por la vanidad de las grandezas humanas y alucinado por los aplausos de las gentes, á quienes apasionaba su elocuencia.

Pero Dios le deparó en su íntimo amigo Basilio el instrumento para comenzar su vida de santificación. Con el ejemplo y las exhortaciones de Basilio, se decidió á estudiar la religión cristiana seriamente, y, cuando estuvo bien dispuesto, á la edad de venticinco años fue bautizado por San Melecio, obispo de Antioquía. Rápidos fueron los progresos que desde entonces hizo Juan en el camino de la perfección. Con objeto de hacer penitencia y de recibir santas inspiraciones en los sagrados lugares en que nació, vivió, padeció y murió Nuestro Señor Jesucristo, fue en peregrinación á Jerusalén, donde renovó con abundancia de lágrimas y el corazón contrito las promesas y renunciaciones hechas solemnemente en el bautismo.

Pasó luego á la Universidad de Atenas para perfeccionarse en las letras humanas, donde fue recibido con grande honor, al extremo de excitar la envidia del maestro pagano Antemo, quien dijo que, sólo por ser Crisóstomo cristiano, era indigno de ocupar lugar preferente entre los filósofos. Con este motivo hizo delante del prefecto una elocuente profesión de fe declarando, ante muchos filósofos paganos, que no existía otro Dios que Jesucristo, que, con el Padre y el Espíritu Santo, era adorado por los cristianos por un solo Dios, creador de Cielos y Tierra; y como Antemo, poseído por el espíritu infernal, se desgarrase sus propias carnes

en Un acceso de furor, nuestro Santo oró fervorosamente, logrando curarle, no sólo en el cuerpo, sino en el alma. Recibió Antemo el bautismo, y con él otros paganos y el mismo prefecto , testigos de aquel milagro.

Pero ni este triunfo, ni otras obras de piedad en que se ejercitaba Crisóstomo, satisfacían su espíritu. Su inclinación mayor era el retiro de la vida anacoreta. A este efecto, determinó irse á un desierto; pero las conmovedoras súplicas de su madre, acompañadas de lágrimas, le hicieron desistir de tal propósito, mientras ella viviese, resignándose á abrazar el estado sacerdotal, á cuyo fin recibió las sagradas Ordenes, hasta el diaconado, de manos del santo obispo Melecio, á cuyo lado estuvo cinco años sirviendo de secretario.

Pasado este tiempo, la muerte de su madre le desligó de los lazos que aun le unían al mundo, y puso por obra su proyecto de retirarse al desierto, como lo realizó yéndose á reunir con los solitarios del monte Casiano, no sin vencer antes muchas preocupaciones que le sugería el enemigo tentador. Desde la primera noche de su entrada en el monasterio fue favorecido por Dios con celestiales consuelos. Fortalecido con ellos, creció en Crisóstomo el amor á la vida austera, de lo cual es testimonio el tratado que se titula *Comparación de un rey con un monje*, en que canta las excelencias de la vida monástica.

Sus mortificaciones y austeridades le hicieron caer enfermo del estómago, lo que le obligó á volver temporalmente á Antioquía para curarse. Cuatro años llevaba siendo el modelo de todos los monjes, cuando murió el abad y quisieron sus hermanos que lo fuera él; pero Crisóstomo se negó totalmente, y se refugió en una cueva próxima al monasterio, de donde sólo salía los días festivos. Allí se dedicó con tal ahínco al estudio de la

Sagrada Escritura, que acabó por aprendérsela toda de memoria. En los seis años de aquella vida cenobítica, compuso, además del tratado antes mencionado, tres libros *Contra los impugnadores de la vida monástica*, en los que está incluido aquel tratado; dos libros *Acerca de la compunción*, en los que manifiesta la necesidad y las condiciones del verdadero dolor de los pecados, y seis libros *Del sacerdocio*, en diálogo, que son de los más excelentes entre sus escritos.

Aun no era sacerdote. Flaviano, sucesor de San Melecio en la Sede de Antioquia, recibió orden de Dios, por conducto de un ángel, para que fuese al monasterio del monte Casiano, y, sacando de allí á Crisóstomo, le consagrarse sacerdote para su iglesia. Así lo hizo el prelado; y en el momento de imponerle las manos para conferirle el carácter sacerdotal, una paloma, blanca como la nieve y con alas doradas, después de revolotear por el templo, fue á posarse sobre la cabeza del nuevo presbítero, con grande admiración de toda la ciudad de Antioquía, que por este prodigio coligió cuan ilustre llegaría á ser en la Iglesia. Tenía entonces cuarenta y dos años, y reunía eminente ciencia y virtud consumada. Con tan rico caudal empezó su apostolado.

El clero y el pueblo todos experimentaron lo mucho que puede un orador que es elocuente y santo; porque el Crisóstomo, con su ejemplo y con su arrebatadora palabra, conmovía y convertía los corazones de los pecadores más endurecidos. Durante doce años fue el apóstol de Antioquía, como de ello dan testimonio, entre otras obras, todas de gran mérito, sus *Homilías* sobre el Evangelio de San Mateo y las Epístolas de San Pablo, que compuso en aquel período.

Exponía con firmeza y caridad en sus sermones los puntos más difíciles de la palabra evangélica; pero no

era menor la decisión con que atacaba sin debilidad ni contemplaciones el orgullo, el lujo y la molición de la sociedad frívola y ávida de goces de aquellos tiempos, como lo demuestra el siguiente episodio de su santa vida. Había el emperador Teodosio impuesto un nuevo tributo á la ciudad de Antioquía, que sus naturales se resistieron á pagar, y, declarándose en abierta rebelión, maltrataron á los oficiales del Tesoro imperial y arrastraron por las calles las estatuas del emperador y de su esposa Flaccilla. Se extendió el pavor por todo el pueblo ante los preparativos que el emperador hacía para castigar á los revoltosos; y el santo obispo Flaviano fue en persona á Constantinopla para implorar clemencia de la corte imperial, dejando en su lugar á Crisóstomo, que en tan críticas circunstancias se condujo como tierno padre de los atribulados habitantes de Antioquía. Diariamente los exhortaba en la iglesia al arrepentimiento de sus excesos y á la conformidad con el castigo que el emperador les impusiera, consiguiendo apaciguar por completo la sedición, predicando entonces los veintiún sermones notables sobre el tema de *Las estatuas*.

Regresó el obispo Flaviano con la noticia del perdón del emperador, y, entusiasmados los habitantes de la ciudad, llevaron en triunfo por todas las calles, después de una función religiosa en acción de gracias, al santo prelado y á San Juan Crisóstomo, á cuya poderosa intercesión cerca de Dios atribuyeron la feliz mudanza de Teodosio.

Vacó en el año 397 la Silla patriarcal de Constantinopla, por muerte del arzobispo Nectario; y como la elocuencia y las virtudes de Crisóstomo eran conocidas en todo el imperio, fue unánimemente designado por nobles y pueblo, y elegido canónicamente para ocupar dicha Sede, no obstante la oposición de

Teófilo, patriarca de Alejandría, que se interesaba por otro. Pero la humildad de nuestro Santo rechazaba tan alta dignidad: ni el obispo ni el clero ni el pueblo de Antioquía consentían en desprenderse de tan sabio y ejemplar sacerdote. Fue preciso usar de la astucia, y una noche el gobernador de dicha ciudad, instruido por el emperador, avisó á Crisóstomo que le esperaba en las afueras para comunicarle un asunto urgente. Acudió nuestro Santo á la cita, y, así que el gobernador lo tuvo al alcance de su mano, le hizo subir por fuerza á una carroza que tenía preparada de ex profeso para conducirle al buque que debía transportarlo á Constantinopla.

Al llegar cerca de esta ciudad salieron al encuentro de Crisóstomo el Senado, el clero y la nobleza de la capital, con los obispos que á la sazón se hallaban en la corte, seguidos de numeroso pueblo que aclamaba á su nuevo prelado con entusiasmo indescriptible. El acto de su consagración, verificado el 26 de Febrero del 398, fue solemnísimo, y en ella ofició el patriarca Teófilo, que antes se había opuesto a su elección. Al día siguiente fue á visitarle el joven emperador Arcadio, que el año 395 había sucedido á su padre el gran Teodosio, para pedirle su bendición, y, al dársela, le habló con la santa libertad cristiana que demuestran estas palabras: «Sabed, príncipe, que, aunque mis fuerzas son muy pequeñas para la carga que V. M. ha echado sobre mis hombros, comoquiera que Dios, cuyos juicios son profundamente infinitos, ha permitido que sea pastor de este gran rebaño, sólo tengo que deciros con el gran Bautista: *Haced penitencia*. A todos he de decirles libremente aquello á que mi cargo me obligue, y si escucháis mis exhortaciones tendré suma alegría, porque de este modo contentaréis á Dios y adelantaréis en la piedad. Pero si, desgraciadamente, mis exhortaciones fueran inútiles para vuestras almas, os perderéis miserablemente; y, en

cuanto á mí, rogaré á Dios que me consuele en alivio del disgusto que esto me proporcionará». El joven emperador, lejos de ofenderse por la santa libertad con que le habló Crisóstomo, prometió con respeto seguir fielmente sus consejos.

Comenzó San Juan el gobierno de su diócesis por la reforma de su propia casa, cortando desde luego muchos gastos y las profusiones que sus predecesores habían creído necesarias para mantener el decoro de la dignidad, é invirtiendo las cantidades que por estos conceptos se gastaban, en limosnas para los pobres. La mesa espléndida, los muebles y vestidos preciosos no tuvieron entrada en la casa episcopal de Crisóstomo. Tratábase como el más austero anacoreta; su comida se reducía á una al día, compuesta de vegetales; no probaba el vino sino por prescripción facultativa en los grandes calores. Dormía tres ó cuatro horas cada noche, pasando el resto de ella orando ante el Santísimo Sacramento, objeto de su predilecta adoración. Este procedimiento dejó asombrada á aquella corte, no acostumbrada á ver semejantes ejemplos. Y como éstos son el sermón más elocuente, comenzó en seguida por la reforma del clero, en el que introdujo la austeridad y las virtudes que él ya practicaba. . Eran casi insuperables las dificultades con que tenía que luchar un obispo en la capital del imperio de Oriente. El paganismo no se había extinguido aún; el arrianismo había contaminado con sus errores á no pocos del clero y de la nobleza; la corrupción de costumbres imperaba en la sociedad de Constantinopla, todo lo cual eran otros tantos obstáculos que tenía que vencer el nuevo patriarca. Y lo consiguió. Prohibió á los eclesiásticos que tuviesen en sus casas á ciertas mujeres que solían mantener con el nombre de *beatas*. Estableció en las iglesias el Oficio de la noche, exhortando á los seglares a que concurriesen á orar con los clérigos. Quiso que se cantasen los salmos hasta en

las casas particulares; apartó á muchos de la ociosidad, de los teatros y espectáculos públicos, donde pelagra la inocencia y se pierde el vigor de la vida cristiana. Reprendió libremente la avaricia, el fausto y la soberbia de los grandes. Reorganizó la piadosa asociación de las viudas consagradas al Señor con el nombre de diaconisas, dedicadas principalmente á los actos de devoción y de caridad, poniendo al frente de ellas á Santa Olimpia. No sabía mentir ni adular. A todos hablaba sencillamente. Hizo, en fin, revivir la devoción y el fervor en todos los fieles, y renovó la disciplina monástica, de manera que en poco tiempo mudó de semblante la corte de Constantinopla.

No se limitó su caridad á los límites de la corte, porque hubo pocas provincias en todo el Oriente adonde no se extendiesen los ardores de su santo fervor. En la Fenicia destruyó un templo gentílico, abolió los restos del paganismo y fundó iglesias y monasterios. Lo mismo hizo en los pueblos escitas y en los celtas. Arrojó y exterminó de todo el imperio á los eunomianos y montañistas; declaró guerra cruel á los arríanos, consiguiendo del emperador que no quedase uno solo dentro de la ciudad; y si su pontificado hubiera durado más tiempo, es casi seguro que hubiera acabado con todos los herejes del Universo. Causa admiración que un hombre solo, extenuado por las penitencias, pudiese á un mismo tiempo dar á luz tantas y tan excelentes obras; gobernar con tanto celo y prudencia una de las diócesis más vastas del mundo; predicar casi todos los días, lo cual hacía con tan felices resultados, que las gentes abandonaban los circos y los teatros para oírle, llegando á veces á tal grado el entusiasmo de sus oyentes, que le interrumpían con aplausos y aclamaciones; atender á las necesidades espirituales y corporales de tantos pobres huérfanos y viudas; y, sobre todo, dedicar parte de su cuidado á las veintiocho provincias eclesiásticas sujetas al patriarcado

de Constantinopla. En medio de tanto trabajo, ningún día dejó de decir Misa que celebraba con tal devoción y ternura, que siempre derramaba el Señor en su bella alma mil consuelos celestiales.

La influencia que á causa de sus extraordinarias virtudes llegó nuestro Santo á adquirir sobre los fieles de Constantinopla, fue tal, que en varias ocasiones se bastó por sí solo para aplacar las iras de la muchedumbre. Entre otros casos está el del ministro Eutropo, que, desposeído de sus honores y á punto de ser arrastrado por el pueblo; se refugió en la iglesia, donde Crisóstomo le salvó la vida sin más que arengar á los que le perseguían.

Esta fortaleza apostólica, que tan respetable le hizo á los buenos, provocó el odio de los descontentos, entre los cuales había algunos obispos de los no ejemplares, varios clérigos de la corte, que no podían sufrir el orden de vida á que el Santo los obligaba, diferentes abades de los que frecuentaban la corte más que el monasterio, y sobre todo la emperatriz Eudoxia, que estaba irritada contra el Crisóstomo por lo que después se dirá. Todos estos elementos entraron en la conspiración, de que era cabeza el ambicioso y violento Teófilo.

Ávida de riquezas Eudoxia, no perdonaba medio de confiscarlas a sus súbditos con cualquier pretexto fútil. Entre los despojados injustamente estaba la viuda Teognosta, á quien privó de una villa fuera de la ciudad. Teognosta y las demás víctimas recurrieron á la intercesión de Crisóstomo, quien, con libertad cristiana y valor santo, reprendió á la emperatriz por su injusto proceder. Se irritó el orgullo de la princesa, y desde este momento juró la perdición de nuestro Santo cuando hubiera ocasión. Esta se presentó con motivo de haber acogido fraternalmente nuestro Santo á los cuatro

abades de los monasterios de Nitria, perseguidos y arrojados de sus abadías por el avaro Teófilo.

A consecuencia de este hecho dispuso el papa Inocencio I que se convocase un concilio en Constantinopla, bajo la presidencia de sus legados asistidos por San Juan Crisóstomo, al que fue citado Teófilo para responder de su conducta con los monjes de Egipto. En virtud de lo cual, unidos Teófilo y Eudoxia contra Crisóstomo, comenzaron su obra de iniquidad con una orden del emperador para arrestar y desterrar á los legados del Papa, apenas desembarcasen. Después ganaron con dinero á los ministros de Arcadio, y consiguió Teófilo licencia para celebrar un concilio ó junta de treinta y seis obispos parciales suyos. Y se celebró un conciliábulo en Chesme, pequeña villa cerca de Calcedonia, de donde era obispo Cirino, enemigo jurado de nuestro Santo, año 403. Citó Teófilo á Crisóstomo á esta junta para que respondiese á una serie de acusaciones calumniosas. Se negó Crisóstomo á asistir á tal conciliábulo, y entonces Teófilo y sus cómplices condenaron á nuestro Santo, declarándole indigno del episcopado. En su virtud fue depuesto de su silla patriarcal, obteniendo del emperador que fuese desterrado. Estos hechos injustos y atroces llenaron de dolor y de escándalo á todos los buenos.

La noticia del destierro excitó la indignación del pueblo, que á viva fuerza se opuso durante tres días al cumplimiento de tal orden, y estaba resuelto á verter su sangre en defensa de su obispo, cuando Crisóstomo, para evitarlo, optó por entregarse á los soldados del emperador. Estos le condujeron durante la noche, sin saberlo el pueblo, con el rostro cubierto con una capa, al barco que había de transportarle á Bitinia, en el Asia.

Pero, al día siguiente, el furor del pueblo, al saber la

partida de su santo prelado, no reconoció límites. Como desbordado torrente corrió al palacio imperial, y ya sus puertas iban á ser derribadas por la muchedumbre, cuando la emperatriz, poseída de terror, corrió desolada al lado de su marido diciendo estas palabras: *¡Que vuelva Juan, porque, si no, el imperio se nos escapa!* Al mismo tiempo, una tempestad horrible con temblores de tierra estalló sobre la ciudad, llevando la consternación á todas partes. Entonces la emperatriz escribió de su puño y letra una carta á San Juan Crisóstomo suplicándole que volviera á su sede, y diciendo que ella ignoraba lo que había sucedido, siendo inocente de todo; que la conspiración estaba formada por hombres perversos y corrompidos; y añadía: «Testigo es Dios de las lágrimas que he derramado y que le he ofrecido en el sacrificio de la Misa. Tengo muy presente que mis hijos están bautizados por vuestras manos».

Duró este destierro muy poco tiempo; y al pisar Crisóstomo el suelo de su amada sede, todo el pueblo corrió á su encuentro, besando las franjas de sus vestiduras y hasta las huellas de sus plantas, en medio de públicas aclamaciones. Así que llegó ala iglesia, ocupó el pulpito, al cual subió en brazos de la muchedumbre, y dirigió entonces á sus fieles una de aquellas pláticas suyas que arrebatan los corazones; y las bóvedas del templo resonaron con los ecos del inmenso llanto que arrancaba de todos los ojos lágrimas de enternecimiento y santo júbilo.

Uno de los primeros cuidados de Crisóstomo, al ocupar de nuevo su sede, fue escribir al Papa para que declarase nulos el concilio y la sentencia del conciliábulo, llamado *Ad quercum*, presidido por Teófilo, contra todo derecho. Teófilo escribió en sentido contrario. El Romano Pontífice, después de haber examinado los alegatos de ambas partes y oído el informe de cuatro

obispos de Oriente que fueron á Roma á este fin, declaró nulo todo lo hecho por el conciliábulo, y así se lo comunicó á San Juan Crisóstomo y al clero de Constantinopla.

Pero esta feliz noticia no halló á nuestro Santo en su amada diócesis. La calma duró poco, porque no desistió Crisóstomo de reprender las malas costumbres. Se había colocado una estatua de plata de la emperatriz en la plaza inmediata al templo de Santa Sofía, y se celebró su inauguración con bailes, espectáculos y juegos públicos que perturbaban el sosiego y el decoro con que se debe celebrar el Oficio divino; juegos que eran restos del gentilismo, que veinte años después abolió el emperador Teodosio el Joven. El santo patriarca clamó contra estos juegos paganos y los prohibió, dirigiendo su discurso contra el director de ellos, que era un maniqueo. Es apócrifo el sermón que se supone predicado contra Eudoxia. Pero ésta se dio por injuriada, por creer que estaba retratada en los discursos del prelado, bajo el nombre de Jezabel, y, sin más que esto, hizo que se diera un decreto para que volviera al destierro. Protestó Crisóstomo del error en tales suposiciones, y de que sólo violentado dejaría su grey. Los conjurados no desistieron de su intento de hacer que padeciese hasta morir en el destierro ó en el camino.

El pueblo estaba conmovido, sin consentir la partida de su querido pastor. Para salir del paso, dio el emperador orden al gentil Lucio, oficial del ejército, para que con una cohorte invadiese la iglesia á fin de contener al pueblo, y los soldados cometieron atropellos execrables. Se alborotó la ciudad, y los fieles acuden al palacio del patriarca y le cercan para que no se le violentase. Pero Crisóstomo, dispuesto á dar la vida por sus ovejas en defensa de la doctrina de Jesucristo, queriendo evitar más derramamiento de sangre, salió

secretamente del palacio, se presentó á los ministros imperiales, é inmediatamente; salió para el destierro, en medió de un diluvio de lágrimas de los pobres, de los enfermos y de las viudas, de quienes era su padre común. Con fortaleza de mártir escribió á Santa Olimpia estas palabras: «Mi corazón goza de inexplicable alegría en los sufrimientos, pues en ellos encuentro un tesoro escondido. Debéis, por lo tanto, regocijaros conmigo y bendecir al Señor que me concede hasta este punto la gracia de padecer por El».

A pie, y sufriendo fatigas y privaciones, fue conducido á Cucuso, ciudad de Armenia, en los confines de la Cilicia, en los desiertos del monte Tauro, adonde llegó enfermo y maltratado, pues ni agua clara le dieron para apagar la sed. Pero en Cucuso le recibieron el obispo y el pueblo como correspondía, y Crisóstomo no estuvo ocioso en el destierro: predicaba, socorría á los pobres con lo poco que tenía, consolaba á los desgraciados; no cesaba, en fin, en sus tareas apostólicas. Viendo sus enemigos este resultado, contrario á sus deseos, consiguieron que fuese trasladado á otro punto peor: á Pitonte, lugar desierto en lo último del imperio, junto al mar Negro, en la frontera de los sármatas, gente salvaje. Encargaron su conducción á dos oficiales, ofreciéndoles nuevos grados si con malos tratamientos le daban lentamente la muerte. El uno, compadecido, favorecía al Santo sin verlo el otro; pero éste, bárbaro y ambicioso, le obligó á andar á deshoras al agua y al sol. De esta suerte llegó enfermo y desfallecido á Comana, donde hubo necesidad de detenerse para pasar la noche, y el Santo la pasó en el oratorio dedicado al obispo San Basilisco. Allí se le apareció este santo mártir, y le anunció la feliz nueva de su subida al Cielo con estas palabras: «¡Valor, hermano mío! ¡Mañana estaremos juntos! »

En efecto, luego que amaneció, pidió que difiriesen la salida hasta las once, lo que no le fue concedido. Partieron, y, apenas habían andado legua y media, se sintió el Santo tan exánime, que fue necesario volverle al mismo templo. Luego que se vio en él, hizo que le mudasen el traje, pidió un vestido blanco, repartió entre los circunstantes lo poco que le quedaba, y en ayunas todavía recibió el Viático, hizo un poco de oración, concluyéndola con estas palabras, que repetía con frecuencia: *En todo sea Dios alabado*: al decir *Amén*, se santiguó y entregó su espíritu al Señor el 14 de Septiembre del año 407, á los sesenta y tres años de edad, y nueve y medio de su glorioso pontificado. Celebradas sus exequias, con el concurso mayor posible, su cuerpo fue enterrado junto al de San Basilio, donde permaneció por espacio de treinta y un años.

Después de muerto Crisóstomo, cayó en Constantinopla un horrible granizo. Eudoxia había muerto antes con reputación deplorable, y Arcadio murió al siguiente año, sin que nadie sintiese su muerte, y dejando pésimos recuerdos á sus súbditos. Respecto á sus enemigos, su odio al santo prelado le persiguió aun después de muerto, no queriendo que se escribiera su nombre en el catálogo de los obispos de Constantinopla. ¡Hasta dónde llega la perversidad del humano corazón! Le sucedió en la Sede el obispo Ático, á quien el Papa no quiso reconocer mientras el nombre ilustre de *Juan Crisóstomo* no quedase inscrito en los dípticos de su iglesia, entre los obispos legítimos.

Su cuerpo fue trasladado á Constantinopla con grande pompa, por disposición de San Proclo, y colocado en la iglesia de los Santos Apóstoles, el 27 de Enero del 438. A esta ceremonia asistieron el emperador Teodosio y su hermana Pulquería, hijos de Arcadio, y aquél se postró delante de las reliquias y pidió perdón al Santo, en

nombre de sus padres, de lo mal que le habían tratado. Posteriormente se llevaron las reliquias á Roma, depositándose en la basílica del Vaticano, donde se veneran, excepto algunas que quedaron en Constantinopla. Del retrato de este Santo doctor hay uno precioso en los frescos de Fra Angélico, en la capilla de San Nicolás, en el Vaticano. Es general la admiración del Crisóstomo, por la multitud de obras que dejó escritas; por la piedad y el esplendor que brillan en todos sus sermones y escritos; por el modo de interpretar y exponer el sentido de las Sagradas Escrituras, en lo cual parece que el apóstol San Pablo, de quien era amantísimo devoto, le dictaba al escribir y al predicar. Sus obras ocupan trece volúmenes en folio en la edición del P. Montfaucon, llamada de los *Benedictinos*. El abate Maigne las ha publicado en 1845, en ocho volúmenes. Por último, el profesor Fessler dividió sus obras en cuatro clases: Exposición de la Sagrada Escritura; Homilias; Opúsculos, y Cartas. Es de lamentar que personas competentes, conocedoras del griego, no traduzcan directamente al castellano, para utilidad y consuelo del pueblo, aunque sólo fuese sus hermosos sermones y las exposiciones de la Sagrada Escritura.

SAN EMERIO, ABAD DE BAÑÓLAS

Este Santo, á quien algunos llaman Mercorato y otros Emeterio, y los catalanes San Mer, uno de los abades más célebres que florecieron en la religión benedictina, nació en Francia, en el siglo octavo. Fueron sus padres Baudilio y Cándida, muy distinguidos por sus virtudes cristianas, los cuales vivían con la pena de no tener sucesión en los muchos años que llevaban de matrimonio. Recurrieron al Señor con fervorosas oraciones y religiosos votos, á fin de que se dignase concederles fruto de bendición, valiéndose para conseguirlo de la poderosa mediación de la Santísima

Virgen; y, oídas sus reverentes súplicas, se les apareció un ángel, que les anunció que tendrían un hijo verdaderamente grande ante Dios y ante los hombres.

Llegó el tiempo de dar á luz Cándida á Emerio, cuyo nacimiento causó un extraordinario regocijo en toda la familia. Hízose amable desde la cuna por su docilidad y por su modestia, y, sobre todo, por su devoción; sin que se le pudiera dar mayor gusto que llevarle á los templos, donde se dejaba ver con tanta compostura y tanto respeto, que parecía su porte cosa sobrenatural.

Quiso su padre dedicarle á la carrera militar, pero quedó sorprendido cuando el ilustre joven le pidió por Dios que no impidiera por este medio sus piadosos designios, dirigidos á dedicarse al servicio de Dios enteramente. Sintió Baudilio en el alma la determinación de su hijo, creyendo que siguiendo este rumbo perdía el sucesor de su casa, único heredero de su cuantioso patrimonio; y temiendo Emerio que estos respetos carnales pudieran obligar á su padre á hacerle desistir de su vocación, ausentándose de casa secretamente, se retiró á un desierto con un compañero llamado Patricio, fiel imitador de sus nobles ideas, donde redujo todo su estudio á mortificar los sentidos que hasta entonces había conservado inocentes, y á macerar su carne, en términos que renovó con su portentosa vida aquellas espantosas imágenes de penitencia que nos refiere la historia en los páramos del Oriente y del Occidente.

Causaban en aquel tiempo los mahometanos innumerables daños á los cristianos que habitaban en la España Tarraconense y en la provincia de Narbona. Clamaron éstos al rey Carlos de Francia, el cual quiso corregir tales excesos; pero, no teniendo los felices sucesos que le prometían el poder de sus armas y el valor de sus soldados, le manifestó el Señor que, si deseaba

conseguir completas victorias de los infieles, hiciese que le acompañase en las expediciones su fidelísimo siervo Emerio. Buscóle Carlos con la mayor diligencia, y le obligó á dejar su amada soledad para que le siguiese, confiado en la promesa divina. No salieron frustradas las esperanzas de aquel soberano; pues llevando en su compañía tan visible auxilio, consiguió inesperados triunfos de los enemigos de la fe por la poderosa intercesión de aquel cuyo valimiento confirmó el Cielo con estupendos prodigios, memorables entre ellos los siguientes: Hallóse el ejército en cierta ocasión en un desierto árido, destituido de todo auxilio humano; murieron muchos soldados de necesidad, y, compadecido Emerio de tan lastimosa desgracia, rogó al Señor que se dignase socorrer las necesidades de los que peleaban por la gloria de su Santo Nombre: oyó el Señor con agrado las reverentes súplicas de su siervo, y, por una de las portentosas maravillas de su adorable Providencia, abasteció al ejército inmediatamente; pero lo más asombroso fue que, continuando el Santo sus clamores á fin de que resucitasen todos cuantos murieron de hambre, se verificó así, con admiración de los que presenciaron aquel extraordinario portento.

Entró Carlos en Cataluña y sitió á Carcasona; pero, pareciéndole dificultosísima la empresa, determinó levantar el sitio después que la tuvo cercada mucho tiempo. Acudió á la oración Emerio, y, despachada su súplica con la felicidad que siempre, dijo á Carlos que entrase en la ciudad, seguro de que no encontraría la menor oposición, como lo acreditó la experiencia. Llegó el ejército á la villa de Bañólas, sita en el obispado de Gerona, donde un dragón ó león de espantosa fiereza causaba innumerables estragos en toda la comarca. Condolido Emerio, se fue al lugar que habitaba la fiera, y quedóse ésta á la vista del Santo como un manso cordero, trayéndolo a la villa.

Parecióle al siervo de Dios el lugar donde habitaba la fiera muy proporcionado para la erección de un monasterio; y, poniendo en ejecución tan noble pensamiento, con la asistencia de Carlos dedicó el templo á honor de la Santísima Virgen y del protomártir San Esteban. Concluido el monasterio quedóse en él, con el objeto de atender únicamente al importante negocio de su eterna salvación. Poblóse inmediatamente aquella santa casa de personas deseosas de vivir bajo la dirección de tan santo maestro; y, viéndose en la indispensable precisión de cargar con el empleo de superior, les prescribió la regla de San Benito, floreciente por entonces en el Occidente. La nueva dignidad sólo sirvió para que más brillase su eminente santidad y su grande prudencia. Su fervor y su ejemplo eran las lecciones que daba á los monjes, los cuales concebían cada día nuevos deseos de perfeccionarse, viendo que su santo abad era el primero en ir delante en todos los ejercicios de la vida religiosa.

Quiso Dios manifestar la santidad de su fidelísimo siervo con la gracia especial de curaciones; y, esparciéndose la fama de este don por toda España, fueron tantos los concursos de gentes, que, perturbando la tranquilidad que apetecía el venerable abad para sus devotos ejercicios, tomó la resolución de retirarse secretamente á un espantoso desierto, diez leguas distante de su monasterio, donde renovó los rigores de los más famosos anacoretas.

Envidioso el demonio de los progresos que Emerio hacía en el camino de la perfección, movió todas las artes que le sugirió su malicia para separarle de su buen propósito; pero, sostenido Emerio por la divina gracia, resistió á todos los ataques del tentador, teniendo el consuelo, en los mayores apuros, de que se le apareciese un ángel á confortarlo. Libre ya de estos combates, hizo

una vida más angélica que humana en el mismo lugar donde después, en honor suyo, se erigió una iglesia cerca del río llamado Fragat, en el territorio de la parroquia de San Esteban de Guiables, en el obispado de Gerona.

Murió por este tiempo el padre de Emerio, y, deseosa Cándida de ver á su amado hijo, vino al desierto, donde se hallaba. Fácil es de concebir el gozo que tendrían ambos, después de tan dilatada ausencia; pero, como conociese el Santo que interrumpía su madre la serie de sus devotos ejercicios, la rogó encarecidamente que se separase de su compañía, porque su amor le perturbaba dedicarse con quietud á la contemplación de las grandezas divinas, que era el fuerte de todas sus atenciones. Sintió Cándida aquel despego, y, representándole que sólo deseaba servir á Dios en su compañía, la persuadió el Santo que lo hiciese separada de él cuanto distase su báculo. Pareció á la piadosa madre corta la distancia que la señalaba; pero, extendiendo el siervo de Dios el báculo en el suelo, creció considerablemente.

En vista de aquel prodigio se retiró Cándida al sitio en que terminó el báculo, y, habiendo pasado santamente el resto de sus días, murió á fines del siglo VIII. Siguióse después la muerte de Emerio, ignorándose el año, Dióse sepultura á su venerable cadáver con solemne pompa funeral, cuyas reliquias hoy se conservan en la parroquia dicha de San Esteban, donde se le tributa el culto correspondiente, y se digna el Señor obrar repetidos milagros por la intercesión de su fidelísimo siervo.

La Misa es de San Juan Crisóstomo, y la oración es la que sigue:

Suplicámoste, Señor, que la gracia celestial dilate

cada día más la santa Iglesia, que te dignaste ilustrar con los gloriosos merecimientos y con la doctrina del bienaventurado Juan Crisóstomo, tu confesor y pontífice. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap, 4.º de la segunda del Apóstol San Pablo á Timoteo, y es la misma del día 14, pág. 167.

REFLEXIONES

Es propio del buen celo aprovecharse de todo para la salvación de las almas y no acobardarse por nada. Cuanto son mayores los obstáculos, es más ardiente y más vivo. Hacer buenas obras y no padecer contradicciones, no puede ser. La paciencia es la virtud de profesión de todos los nombres apostólicos. Para convertir las almas se necesita fervor y caridad, pero no necesitan menos prudencia y mortificación ni menos dulzura y humildad. Los celos amargos é impacientes turban las conciencias, irritan los espíritus, inquietan los corazones, pero nunca los convierten.

Por nombre de *advenimiento de Jesucristo* se entiende lo mucho que el Salvador hizo por la redención de las almas; y por nombre de *su Reino* se debe entender el gran premio que tiene preparado á los que, no contentos con guardar la Ley, se aplican á enseñarla á los demás.

Ni hay que acobardarse por el poco fruto que se saca. El verdadero celo nunca es infructuoso. Si no aprovechar al pecador, aprovechará al predicador. *Insta oportuna é importunamente.* Tarde ó temprano, pocas veces deja de ser eficaz el celo verdadero. Sembremos el grano, y no nos aflijamos porque fructifique ni deje de fructificar. El celo puro sólo busca la gloria de Dios, y no la suya. Hay terrenos duros, donde el

grano necesita más tiempo para prender y para brotar; es menester humedad y caridad, y con eso brotará el grano que se juzgaba perdido. No todas las estaciones del año son igualmente fecundas. En el otoño se ven cubiertos de fruto aquellos árboles que en el invierno sólo parecen buenos para el fuego. Gran daño hace un celo impetuoso, impaciente, que desespera del fruto tardío y abandona el cultivo del terreno. Es menester sembrar con dolor para coger con alegría.

*Vendrá tiempo, dice el Apóstol, en que los hombres no podrán llevar en paciencia la doctrina sana y buena, ¿No habrá llegado ya este tiempo por nuestra desgracia? ¿No estamos ya en un tiempo en que los hombres, llevados de vana curiosidad ó del espíritu de relajación mal encubierto, andan buscando maestros que les hablen al paladar de sus deseos? Acab no podía ver al profeta Miqueas, porque siempre le pronosticaba cosas tristes. Se buscan confesores cómodos y contemplativos; huyese de un director prudente y exacto, como si nuestra religión, que no admite más que una fe, pudiera admitir dos doctrinas. Cuatrocientos profetas prometen á Acab una completa victoria (III Reg., 22), y Miqueas incurre en la desgracia del rey porque le pronostica su ruina; dase la batalla y queda Acab muerto en el campo. Esto es lo que ganan los que buscan teólogos que los adulen. El carácter de la doctrina verdadera es la mortificación de las pasiones. Esta doctrina no es del gusto del mundo; pero por eso ¿dejará de ser doctrina de Jesucristo? Y, sobre todo, ¿qué se va á ganar en seguir y en gustar las máximas del mundo? Camínase á la perdición por un contento fugaz y pasajero: *Gustavi paululum mellis*, dice Jonatás, *et ecce moirior*. (I Reg., 14.) Este es el fruto de esas lisonjeras direcciones que intentan componer la vida cristiana con la vida inmortificada.*

¿Qué cosa más digna de compasión que negar de

intento los oídos á las voces de la verdad, por concederlos á los artificios de las fábulas? ¿Y qué otra cosa hacen todos los que están fuera del gremio de la Santa Iglesia Católica Romana? Los que no se rinden á las decisiones pontificias, pronunciadas por el oráculo infalible de la Iglesia, únicamente por dejarse gobernar de su capricho, ¿hacen más que huir de la verdad, prefiriendo su dictamen al del mismo Jesucristo, manifestado al mundo por la voz de su Vicario? ¿Y qué diremos de esta dureza? Que igualmente nace de un corazón relajado que de un entendimiento alucinado y presumido. Estos son los dos manantiales de donde siempre se deriva, todo orgullo. El que obra mal huye de la luz, y el que ama el error cierra los oídos al oráculo de la verdad.

El tiempo de mi muerte, dice el Apóstol, cerca está. Los santos nunca pierden de vista la sepultura, ni tampoco hay pensamiento más saludable. ¡Oh qué consuelo poder decir al fin de la vida: Peleé con valor, acabé felizmente mi carrera! ¡Ah, que la carrera todos la acaban, pero desdichado de aquel que no la acabare bien!

Él Evangelio es del cap. 5º de San Mateo, y él mismo que el del día 14, pág. 168.

MEDITACIÓN

Del buen ejemplo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el buen ejemplo no es virtud de puro consejo, sino de precepto. *Luzca vuestra luz delante de los hombres, dice Jesucristo, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre Celestial, que está en el Cielo.* Indispensablemente

estamos obligados á ser ejemplares desde que somos cristianos. Todos tienen derecho á nuestro buen ejemplo, y es especie de injusticia privar de él á nuestros hermanos. La ley que profesamos, las verdades que creemos, el premio que esperamos, son los títulos en que se funda este derecho.

Nuestras conversaciones deben ser consejos, y nuestras obras modelos. Pocas faltas puede cometer un cristiano que no sean una especie de escándalo. ¡Qué terrible cuenta darán á Dios los cristianos imperfectos y las almas relajadas, cuyas costumbres son tan corrompidas!

Todos somos buen olor de Jesucristo; pues ¿cuál debe ser la pureza de nuestras obras, para que exhalen celestial fragancia? Todos somos luz del mundo; pues ¿cuál debe ser el resplandor y la claridad de nuestras costumbres? Todos somos sal en la Tierra; luego nuestras acciones y palabras deben ser eficaz preservativo contra la corrupción. Y, siendo esto así, ¿nos contentaremos con una devoción insulsa y ligera?

La vida de los cristianos debe ser vida de santos, porque en el Cristianismo no hay dos religiones, ni dos reglas de costumbres. Desengañémonos, que la vida que no es ejemplar no es cristiana. En cualquiera estado que se viva, se debe el buen ejemplo al público y á la familia.

¡Dios mío! ¡Cuánto tengo de que acusarme en este punto, y que terrible cuenta tengo que daros! Pero, ya que vuestra infinita misericordia me ha hecho conocer mis errores y pecados, dadme gracia y tiempo para enmendarme.

PUNTO SEGUNDO.—Considera cuánto aprovecha y alienta á los demás el buen ejemplo. No hay atajo más

breve, ni medio más eficaz, ni elocuencia más persuasiva para reformar las costumbres ajenas, que la edificación de las propias.

i Qué bienes no produce en la corte y en toda una monarquía la ejemplar piedad de los fieles! i Qué fervor no encienden en una comunidad los buenos ejemplos del superior! iQué inclinaciones tan perversas podrán resistir á las costumbres piadosas y devotas de un padre ó de una madre de familias! El genio más indómito, el corazón peor inclinado, las pasiones más violentas, todo cede á la modestia y piedad constante, que guarda consecuencia, que en nada se contradice; el buen ejemplo domestica los naturales más feroces; Quéjense los padres de las malas inclinaciones de los hijos; ¿y no tendrán los hijos razón para quejarse de los malos ejemplos de los padres?

i Qué fuerza no tiene en el corazón de una doncella la modestia y la devoción y la piedad edificante de una madre que perpetuamente tiene delante de los ojos! Hagamos juicio de esto por los fatales efectos que cada día produce el mal ejemplo. Son los buenos ejemplos correcciones mudas, pero vivas y picantes de los desórdenes que cometen los imperfectos. Ninguna cosa cubre de tanta vergüenza y confusión á los súbditos, ninguna reprende con mayor viveza su tibio proceder, como el buen ejemplo de los que los gobiernan. En cierto modo se puede decir que el buen ejemplo todo lo suple.

Pero si, por nuestra desgracia, nos faltan buenos ejemplos en los que tenemos delante, acudamos por ellos á las Vidas de los Santos. No hay vida de santo alguno que no sea rico tesoro de buenos ejemplos.

iQué renuncia más perfecta de la carne y sangre, que la que nos enseñó con su ejemplo San Juan Crisóstomo! i Qué humildad entre las mayores honras!

Arrojado de su silla patriarcal y dos veces desterrado, ¡qué constancia en la persecución! ¡Qué alegría en las adversidades! ¡Qué modelo de perfección cristiana en toda su vida! La vida de los santos es toda ejemplar; ¿lo es también la nuestra? ¿Podrá servir de modelo? ¿Serán santos los que sigan nuestro ejemplo?

Mi dolor, Señor, mi dolor declara bien el sentimiento con que hago estas reflexiones; espero, con el auxilio de vuestra divina gracia, que mi conducta declarará también el fruto que han producido en mí. Hasta ahora no he dado más que malos ejemplos; desde hoy en adelante comenzaré á reparar el daño que he hecho con mis escándalos. ¡ Oh mi Dios, y cuándo podré decir con vuestro Apóstol: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi*: Imitadme á mí, como yo imito á Jesucristo !

JACULATORIAS

Bienaventurados los que están en el camino de la inocencia y andan fielmente en la ley del Señor.—*Ps.* 118.

Tened santa emulación de todo lo bueno, con recta intención de hacer siempre bien.— *Carta á los gálatas*, 4.

PROPÓSITOS

1. En este mismo día has de dedicar media hora, ó, por lo menos, un cuarto de hora, para examinar con la mayor seriedad si en todo y por todo das buen ejemplo á tus hijos, á tus criados, á tus súbditos, á tus inferiores, á tus iguales. ¿Son de edificación tus conversaciones? Tu porte, tu modo de hablar, tu modo de vestir, tu modo de andar, ¿es todo ejemplar y cristiano? ¿Das ejemplo en las reuniones, en las funciones, en los convites y en todas las lícitas diversiones? ¿Sirves de mucha edificación á los que te ven en la calle, en casa ó en el templo? No te

contentes con un examen precipitado y superficial. Júzgate á ti mismo como juez recto, imparcial y desinteresado, y sentencia en justicia si los que viven contigo serán muy perfectos sólo con que imiten y sigan tus ejemplos. Toma después tus resoluciones y medidas, y no se pase el día sin que todo esté reformado y arreglado.

2. Desde hoy en adelante, siempre que fueres á hacer alguna cosa, hazla con el pensamiento y con el deseo de dar en ella buen ejemplo; preséntate en la iglesia con mayor modestia y respeto que hasta aquí. Acude con puntualidad á los actos á que te llama tu obligación y estado. Cuando hablas, cuando te empleas en algo, reflexiona que entonces estás destinado para dar ejemplo. Reza el Rosario con toda la familia, procura que la sirva de modelo tu devoción interior y exterior. No dejes de visitar á los pobres en el hospital ó en sus domicilios, que debes hacerlo con frecuencia, y da hoy todos los buenos ejemplos que puedas al público, á los inferiores y á los iguales. Siempre que por la noche examines la conciencia, tómate cuenta de si en aquel día has servido de edificación ó de ruina. Es ésta una obligación de que muchos cuidan poco, pero es una obligación que algún día nos dará bastante pena.